

LA SUSTITUCIÓN LINGÜÍSTICA DE LAS LENGUAS PRERROMANAS POR EL LATÍN

FRANCISCO GIMENO MENÉNDEZ
Universidad de Alicante

1. INTRODUCCIÓN

La vertebración de los estudios lingüísticos hasta los años cincuenta en sincronía y diacronía ha dejado paso a un análisis de la heterogeneidad ordenada y dinámica de la lengua, donde la comprensión y explicación de la complejidad de la realidad del lenguaje humano (que nos aparece como un continuo de habla infragmentable) han llevado a una revisión y renovación de los modelos homogéneos contemporáneos (saussureanos y chomskyanos).

Una investigación sociológica de la historia no sólo debe proponer la deducción de dimensiones del pasado, sino que además debe comprobarlas empíricamente en el presente. Desde este punto de vista, la sociolingüística histórica revisa y actualiza los procesos históricos del cambio lingüístico, como hipótesis verificables entre las poblaciones actuales.

1.1. En las pasadas décadas se ha replanteado la cuestión de la posible analogía entre la génesis de las lenguas criollas y el origen de las lenguas románicas, y no ha habido una respuesta contundente. Así p. ej., E. Alarcos (1982, pág. 18 y 47 y sig.) sugirió que el dialecto rural de la antigua Cantabria fue originariamente casi un criollo o una lengua franca utilizada durante siglos por bilingües vasco-románicos. El latín mal aprendido por los indígenas hispánicos del norte (con la inclusión de la cuenca del Duero) dio origen a unas cuantas modalidades de lengua hablada en los antiguos territorios de los pueblos primitivos (galaicos, astures, vácceos, cántabros, turmogos, austrigones, várdulos, caristios, vascones, berones y pelendones), agrupados administrativamente por los romanos en los diversos conventos jurídicos (lucense, asturicense, cluniense y cesaraugustano). Asimismo, A. López García (1985) planteó que el castellano altomedieval sería el resultado de una *koiné* (o pidgin) vasco-románica entre el latín y el euskera.

2. ORIGEN DE LAS VARIEDADES ROMANCES

La historia de las situaciones sociolingüísticas del contacto entre lenguas ha planteado tres procesos (convergencia, no convergencia y divergencia), y nos sugiere que los grupos sociales están modificando continuamente su variedad para reducir, mantener o acentuar las diferencias lingüísticas (y sociales), en función de su percepción del contexto de interacción.

2.1. En líneas generales, la covariación de dos o más (sub) sistemas en el repertorio lingüístico de una comunidad de habla debe inscribirse dentro de las soluciones siguientes:

- a) *interferencia y cambio de código*, entendidos como uso alternativo de dos variedades en el mismo enunciado, oración, constituyente o segmento;
- b) *amalgama*, o reestructuración lingüística de dos variedades particulares en una nueva gramática, y
- c) *sustitución lingüística*, como abandono de una variedad particular (B) en beneficio de otra (A).

Las dos primeras (interferencia y cambio de código) pueden relacionarse con la amalgama y con el grado y dirección de la sustitución lingüística, y hasta es posible que aquéllas como cuestiones parciales sólo tengan cumplida consideración dentro de la amplia y compleja interrelación de los componentes de las otras dos. La criollización (o amalgama) y la sustitución lingüística representan dos dinámicas mutuamente excluyentes, si bien las relaciones y conexiones entre ambos procesos pueden ofrecer una aportación especial, en función de las diversas situaciones sociolingüísticas. Por desgracia, la conservación y la sustitución lingüística han sido poco estudiadas y reducidas dentro de la problemática de la historia de la lengua a meros capítulos internos del relevo lingüístico discreto (tales como romanización, arabización, etc.), sin referencia alguna al proceso de la inserción social de los cambios implicados.

2.2. B. Schlieben-Lange (1977) ofreció una visión histórica de las discusiones acerca de si el desarrollo de las lenguas románicas habría correspondido o no a un proceso de «criollización», y había propuesto un empleo heurístico de la posible analogía entre ambos tipos de procesos lingüísticos (romanización y criollización), con el fin de enriquecer nuestros conocimientos de los universales lingüísticos en el dominio de la historia de la lengua. Si bien es cierto que la lingüística románica ha logrado un conocimiento considerable de los procesos de romanización, desde un punto de vista lingüístico, cabe reinterpretar estos resultados en términos sociolingüísticos.

Entre las opiniones ofrecidas por anteriores lingüistas, citó la propuesta de A. Meillet sobre la criollización del latín, a pesar de que anteriormente había expuesto afirmaciones totalmente contrarias. En la morfología del romance común, la mayoría de los rasgos arcaicos de tipo indoeuropeo que

el latín arcaico todavía conservaba en gran número aparecen eliminados, así como muchos de los nuevos matices que el latín había conseguido. Con la función de servir como «lengua franca» a un gran imperio, el latín tendió a simplificarse y a guardar sobre todo lo que tenía como banal. El latín coloquial llegó a ser una variedad que los hombres más variados y los menos cultivados podía manejar, es decir, una herramienta cómoda y apta para cualquier mano.

Por el contrario, O. Jespersen habría ofrecido en su introducción a la lingüística general la primera noticia sobre el rechazo total a la comparación entre las variedades pidgins y criollas, de una parte, y las variedades romances, de otra. No habría habido ruptura en el desarrollo de las lenguas romances, y la tradición latina y de su sistema gramatical no se había interrumpido, ni habría sufrido una completa transformación. Aunque podría suponerse que en una primera etapa inicial de la conquista romana podría haberse dado alguna variedad oral latina simplificada, no se podría equiparar a una condición de las pidgins y criollos.

Asimismo, H. Lüdtke en su historia del léxico románico ofrecía todavía una visión más clara. Si bien la *situación* de los actuales criollos es comparable a la de las variedades romances de la Edad Media, la *estructura de la lengua* muestra una diferencia fundamental: una reducción tan considerable de la morfología y del vocabulario —tal y como muestran los pidgin y criollos— no ha tenido lugar nunca en el latín hablado ni en las variedades romances populares.

En suma, hace veinte años, B. Schlieben-Lange juzgaba que sería arriesgado decidirse sobre el origen de las lenguas romances por una de estas dos posibilidades. Una situación diglósica en la que una de las lenguas (o una de sus variedades) cumpliría las funciones oficiales, mientras que la otra quedaría relegada a las relaciones no formales. O la aparición de una lengua de relación (ya fuera una de las lenguas, una forma simplificada de una de ellas, o una lengua mixta) que no desempeñaría más que funciones nunca reducidas (p. ej., una estricta relación comercial). Es decir, en términos actuales, la decisión se encontraría entre una sustitución lingüística con movilidad social en una situación diglósica o una amalgama en una nueva gramática.

En nuestros días, cabría objetar a la primera hipótesis que la diglosia caracteriza un proceso relativamente estable, y no podría determinar nunca la desaparición de las lenguas prerromanas (el árabe vernáculo y el euskera son buenos ejemplos que lo corroboran). Más bien, la sustitución lingüística implica un conflicto lingüístico, sin modificación de la condición social de los grupos sociales. Con respecto al segundo supuesto, cabría añadir que las características lingüísticas e históricas de las variedades —geográficas, sociales y contextuales— de una lengua son completamente diferentes de los lectos —basilecto, acrolecto y mesolectos— criollos, ya que no se desarrollan a partir de un pidgin, ni se diferencian en el nivel sintáctico tan profundamente como el basilecto del acrolecto, a pesar de que los continuos de habla (temporal, geográfico, social y contextual) y el continuo

criollo parecen ser aspectos diferentes de los procesos de *transición e inserción* del proceso general e histórico del cambio lingüístico (vid. F. Gimeno, 1981; 1984; 1986; 1990; 1995).

3. LENGUA, CULTURA Y SOCIEDAD PRERROMANAS

La periodización de la historia social de la lengua española nos puede sugerir la delimitación de las siguientes etapas: 1) *prerromana*, desde los tiempos más remotos hasta el fin de la segunda guerra púnica (206 a. C.); 2) *hispano-latina*, desde la venida de los romanos (206 a. C.) hasta la invasión árabe en el siglo VIII; 3) *protorromance*, desde el siglo VIII a fines del siglo XI; 4) *antigua*, desde la reforma cluniacense en el año 1100 al 1250; 5) *medieval*, desde la regularización grafemática alfonsí en la segunda mitad del siglo XIII a fines del siglo XV; 6) *clásica*, desde la codificación gramatical de E. A. de Nebrija (1492) hasta finales del XVII; 7) *moderna*, desde la fundación de la Real Academia Española (1713) hasta finales del siglo XIX, y 8) *actual*, que comprende el desarrollo de nuestro siglo (cfr. R. Eberenz, 1991; F. Abad, 1992; M. Quilis y M. J. Martínez, 1996).

Un punto de partida habitual para la caracterización lingüística de la Península Ibérica con anterioridad inmediata a la romanización sería que una zona a lo largo de la costa del este y entre el Ebro y los Pirineos estaría ocupada por variedades no indoeuropeas, mientras que en el occidente y el centro peninsulares se hablarían variedades indoeuropeas. El límite vendría marcado por la isoglosa entre los topónimos indoeuropeos en *-briga* (cfr. **Segobriga* > *Segorbe*) y los ibéricos en *Ilti-, Iltu-* (lat. *Ili-, Ilu-*) (cfr. *Iltirta* / *Ilerda* = hoy *Lleida*; *Ilici* = hoy *Elx*) (vid. K. Baldinger, 1958, págs. 231-240). La realidad peninsular sería, pues, multilingüe y multicultural, y todavía presenta verdaderas incógnitas por resolver.

3.1. En una publicación reciente, J. Gutiérrez Cuadrado y J. A. Pascual (1995, págs. 324-336) opinan que mucho antes de la dominación romana, la Península Ibérica habría padecido una progresiva sustitución de las lenguas no indoeuropeas por otras de la familia indoeuropea. El último episodio de este largo proceso de indoeuropeización tendría lugar precisamente con la romanización. De las lenguas no indoeuropeas, el ibérico y el vasco presentan interés para comprender la evolución que iba a experimentar el latín en la Península Ibérica. Dado que el vasco es una lengua viva, es más verosímil prever qué hechos latinos pueden haber tenido una evolución particular a causa de la influencia vasca, que aquellos que pueden haber sido originados por la variedad ibérica. Es más, encontramos inscripciones ibéricas poco uniformes y textos de lengua no ibérica redactados en escritura ibérica, que encubriría una realidad lingüística muy variada. Por otra parte, sabemos poco del celtibérico (vid. F. Villar, 1996) y del paracéltico, así como no podemos ir mucho más lejos en el camino de la reconstrucción que comprobar la existencia de unas determinadas familias lingüísticas en la mitad occidental de la Península Ibérica.

En la romanización de España hubo una gran diferencia entre la penetración del latín en el norte y en el sur de la Península. Ésta debió ser rápida y profunda en el sur y en la zona mediterránea, mientras que los pueblos del norte, más pobres y menos civilizados, fueron más refractarios a la romanización. El castellano iba a nacer de la utilización del latín que hicieron los astures, cántabros y vascones, quienes durante mucho tiempo se habían opuesto a lo romano y que —en cualquier caso— ni eran continuadores de la mejor tradición latina de la Península ni contaban con el freno de una norma socialmente prestigiada que sirviera para contener sus extremos e inevitables vulgarismos.

Anteriormente, R. Lapesa (1942/1980, pág. 58 y sig.) había ofrecido la diversa colonización romana de la Península, hacia el comienzo de nuestra era. La romanización de levantinos y celtíberos no estaba tan avanzada como la de los turdetanos. Más retrasada se hallaba todavía la de Lusitania, y los pueblos del norte (galaicos, astures y cántabros), recién dominados, seguían viviendo con arreglo a sus rudos hábitos seculares. Con la civilización romana se difundió la lengua latina, importada por legionarios, colonos y administrativos. No hubo coacciones, e influyeron el carácter de idioma oficial y la acción de la escuela y del servicio militar, así como la superioridad cultural y la conveniencia de emplear un instrumento expresivo común a todo el Imperio. La desaparición de las primitivas lenguas peninsulares no fue repentina; hubo un período de bilingüismo más o menos largo, según los lugares y estratos sociales. Los hispanos empezaban a servirse de latín en sus relaciones con los romanos, y, poco a poco, las hablas indígenas se refugiaban en la conversación familiar, hasta que llegó la latinización completa.

En Levante el alfabeto ibérico siguió empleándose hasta muy entrada la época imperial, lo que implicaría la supervivencia de las lenguas nativas. Más tarde, el tratado *De similitudine carnis peccatis* (atribuido a San Paciano, obispo barcinonense del siglo IV, o a Eutropio, obispo de Valencia en el siglo VI) alaba la caridad de una dama que hablaba en lengua vernácula a desvalidos paganos que no sabían latín. Y es de suponer que en el centro, oeste y norte peninsular la latinización no se generalizaría sino más tarde aún.

Por lo demás, otro factor importante y decisivo de latinización fue la difusión y auge del cristianismo. A principios del siglo IV, el emperador Constantino decidió aceptar el cristianismo, ya reconocido por el Edicto de Milán (313), y se estableció como religión oficial del Estado. A finales de ese mismo siglo, el cristianismo había llegado también a los bárbaros, más allá de las fronteras imperiales. La iglesia cristiana moldeó su estructura a semejanza de la imagen del imperio romano, y las diócesis reflejaban las divisiones administrativas de Diocleciano. Los obispos, establecidos en las principales ciudades, se reunían en sínodo en las capitales de provincia, y los que detentaban grandes centros metropolitanos recibían una dignidad especial. El auge del cristianismo hasta el año 600 permitió su extensión por todo el antiguo mundo romano.

3.2. Desde la primera mitad del siglo pasado, numerosos investigadores y eruditos han estudiado la toponimia, la epigrafía, la numismática y la arqueología de la Península y de la región pirenaica. Los restos prerromanos que se conservan son abundantes. Mucha toponimia peninsular se explica a través del euskera, y sobrepasa ampliamente la superficie que tal lengua pudo ocupar en el pasado. La comparación entre los morfemas ibéricos del pasado y los vascos actuales pone de relieve la afinidad fonológica y morfemática de los mismos, y ha sido uno de los argumentos utilizados para defender la identidad del protovasco con la lengua ibérica. Sin embargo, los avances en la reconstrucción de las antiguas lenguas de la Península Ibérica han provocado muy poca confianza en la teoría del vascoiberismo.

Euskera e ibérico serían lenguas distintas, aunque tuvieran elementos (lingüísticos y culturales) comunes. Por lo demás, son escasos los estudios generales de conjunto sobre la lengua ibérica. A pesar del desconocimiento del significado léxico, J. A. Correa (1994) ha intentado una reconstrucción de la fonología y de la morfología del ibérico, a partir de las inscripciones hechas en el semisilabario levantino y de los textos escritos en el alfabeto grecoibérico. Los iberohablantes nunca habrían formado una unidad política. No puede considerarse todavía definitiva la articulación interna del área lingüística ibérica, debido a las grandes lagunas que hay sobre su lengua y a las dificultades de lectura que presentan los textos ibéricos sudorientales.

Con todo, la investigación de J. Luis Román (1993) ofrece una interesante aportación a la interpretación de la lengua ibérica y a la posible relación entre la lengua ibérica y el euskera, a partir de presupuestos actuales de lingüística general. Tanto los iberos como los turdetanos apoyaron la presencia de los romanos, una vez que los Escipiones desembarcaron en Ampurias, en el año 218 a. C. A partir de entonces, comenzó la ocupación sistemática y militar de la Península. La política de Roma fue de respeto a la cultura autóctona, aunque ésta fue desapareciendo y perdiendo su idiosincrasia hacia el final de la República romana. La llegada de los romanos instauró con fuerza el latín en las ciudades, y motivó que se convirtiera en la lengua del poder y del comercio, mientras que la lengua ibérica comenzó un lento (pero inexorable) proceso de sustitución lingüística por el latín.

Por otra parte, M. T. Echenique (1983, págs. 56-77) ha señalado que en los procesos de romanización y latinización de Hispania se entremezclaron factores diatópicos, diastráticos y diacrónicos, y quizás fuera más conveniente diferenciar el carácter de la romanización del sur y del norte peninsular por la índole urbana (en el sur) o rural (en el norte) de la misma, en lugar de seguir hablando de mayor o menor intensidad. A la zona de mayor romanización correspondió la mayor latinización, a excepción de Cantabria, donde se perdió la lengua autóctona, a pesar de haber sido poco romanizada. Por lo que se refiere al contacto vasco-latino hasta la época de cristianización en las zonas menos romanizadas, cabe plantearse si existió un bilingüismo, o si más bien hay que pensar en una relación

continuada entre los grupos rurales vascos y los urbanos latinos, a partir de un pidgin. Sin embargo, la difusión del cristianismo fue el último y más decisivo golpe sufrido por las lenguas primitivas de la Península, y en concreto en el País Vasco motivó su romanización entre los siglos III al V, y favoreció el bilingüismo del que surgiría en época visigótica una variedad románica autóctona.

Últimamente, a partir de los análisis sobre la introducción de rasgos romanos en la epigrafía ibérica y la presencia de elementos indígenas en la epigrafía romana de los inicios, M. I. Panosa (1996) ofrece elementos de la integración de la sociedad ibérica en el sistema administrativo y político romano y de su élite en las magistraturas urbanas. Romanización, latinización y urbanización van unidas en el mismo proceso. La epigrafía nos refleja una realidad mixta que adopta formas distintas (nombres latinos escritos en grafía ibérica, nombres indígenas escritos en alfabeto latino, inscripciones bilingües, imitaciones de soporte, etc.), y nos revela una fase del bilingüismo y de la latinización ibérica, dentro de un proceso de transición que afecta a la lengua, actividad productiva y comercial, tipo de asentamiento, técnicas constructivas, etc.

4. CONCLUSIONES

El riesgo del pasado inmediato que entrañaba la cuestión del origen de las lenguas románicas entre los procesos de romanización y criollización puede resolverse en nuestros días, ya que las características lingüísticas e históricas de las variedades romances son completamente diferentes del basilecto criollo. Las conjeturas sobre cuánto tiempo perduraron las lenguas prerromanas y cuánto duró la diglosia y el conflicto lingüístico en regiones alejadas de las capitales provinciales y de los centros comerciales importantes deben limitarse a alguna hipótesis de cierta verosimilitud, con el fin de superar la escasez de pruebas y datos sobre la romanidad tardía. En este sentido, la sociolingüística histórica ofrece propuestas verificables del presente para alumbrar hipotéticamente los procesos históricos del cambio lingüístico.

El origen de las lenguas románicas se encuentra en los procesos antiguos de desplazamiento lingüístico (con movilidad social) de unos vernáculos prerromanos, dentro de unas situaciones claramente diglósicas. Con la extensión y auge del cristianismo por todo el antiguo mundo romano hasta el año 600, dichas situaciones relativamente estables habrían derivado —excepto en el caso del euskera— a conflictos lingüísticos, donde se habría producido la sustitución lingüística (sin modificación de la condición social) de los vernáculos prerromanos por el latín. En ambos períodos (diglósico y de conflicto) se darían los correspondientes compromisos gramaticales de interferencias, cambios de código y préstamos.

El romance castellano surgía, pues, de un latín coloquial utilizado por los pueblos astures, cántabros y vascones, quienes durante mucho tiempo

se habían opuesto a la lengua y cultura romanas, y no eran continuadores de la mejor tradición latina de la Península Ibérica. El vernáculo castellano no se originó como proceso de criollización, sino como propio desenvolvimiento de la dinámica diferenciadora (temporal, geográfica, social y contextual) del romance, sobre todo, a partir de la primera mitad del siglo IX.

Es significativo y bien ilustrativo el contraste entre dos situaciones claras de conflicto lingüístico de la Península Ibérica. Una, la que se dio hasta finales del siglo VI, con la sustitución de los vernáculos prerromanos por el latín, excepto en el caso del euskera. Y dos, la que se originó a finales del siglo XI (tras una etapa diglósica de aparición de los protorroances en el siglo VIII), en la que se produjo bien al contrario una tendencia hacia una normalización lingüística del vernáculo castellano a principios del siglo XII, con el desplazamiento paulatino del latín medieval estándar por el romance en la documentación escrita.

El porqué se resolvió el conflicto lingüístico en el primer caso por el estándar y en el segundo por el vernáculo se encuentra en la historia social de cada situación concreta del contacto de lenguas. Particularmente, en el segundo caso, una época de repoblación expansiva y de resurgimiento de la actividad artesanal y mercantil en las nuevas ciudades favorecía un proceso histórico complejo de estandarización del vernáculo, con el desarrollo de actitudes lingüísticas positivas en los grupos sociales como poderoso mecanismo de cambio lingüístico. En suma, la historia social de la lengua española se materializa así en nuevas propuestas verificables del presente, sobre una posible reconstrucción global de los hechos lingüísticos y sociales del cambio observado en el pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, F. (1992), «El »español primitivo«: concepto y algunas cuestiones que plantea», *Actas del II Congreso Internacional de la Historia de la Lengua Española*, II, Madrid: Pabellón de España, págs. 519-528.
- ALARCOS LLORACH, E. (1982), *El español, lengua milenaria (y otros escritos castellanos)*, Valladolid: ámbito
- BALDINGER, K. (1958), *La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica*, 2.^a ed., Madrid: Gredos, 1971.
- CORREA, J. A. (1994), «La lengua ibérica», *RSEL*, 24, 2, págs. 263-287.
- EBERENZ, R. (1991), «Castellano antiguo y español moderno: reflexiones sobre la periodización en la historia de la lengua», *RFE*, LXXI, págs. 79-106.
- ECHENIQUE, M. T. (1983), *Historia lingüística vasco-románica*, 2.^a ed., Madrid: Paraninfo, 1987.
- GIMENO, F. (1981), «Dimensiones del multilingüismo», *RSEL*, 11, 2, págs. 341-373.
- , (1984), «Multilingüismo y multilectismo», *ELUA*, 2, págs. 61-89.
- , (1986), «Sustitución lingüística en las comunidades de habla alicantinas», *ELUA*, 3 (1985-1986), págs. 237-267.
- , (1990), *Dialectología y sociolingüística españolas*, 2.^a ed., Alicante: Universidad de Alicante, 1993.

- , (1995), *Sociolingüística histórica (siglos X al XII)*, Madrid: Visor.
- GUTIÉRREZ, J. y PASCUAL, J. A. (1995), «De cómo el castellano se convirtió en español», en A. García Simón (ed.), *Historia de una cultura. La singularidad de Castilla*, Valladolid: Junta de Castilla y León, págs. 319-368.
- LAPESA, R., (1942/1980), *Historia de la lengua española*, 9.ª ed., Madrid: Gredos, 1986.
- LÓPEZ, A. (1985), *El rumor de los desarraigados: conflicto de lenguas en la Península Ibérica*, Barcelona: Anagrama.
- PANOSA, M. I. (1996), «Elementos sobre la fase bilingüismo y latinización de la población ibérica», *Actas del VI Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca: Universidad de Salamanca, págs. 217-246.
- QUILIS, M. y MARTÍNEZ, M. J. (1996), «Nuevas observaciones sobre periodización en la historia de la lengua española», *Actas del III Congreso Internacional de la Historia de la Lengua Española*, I, Madrid: Arco Libros, págs. 873-886.
- ROMÁN, J. L. (1993), *El origen ibérico de la lengua vasca (según los testimonios escritos en lengua ibérica de Andalucía, Aragón, Cataluña, Valencia y Portugal)*, Alicante: Aguacilara.
- SCHLIEBEN-LANGE, B. (1977), «L'origine des langues romanes - Un cas de créolisation?», en J. M. Meisel (ed.), *Langues en contact - Pidgins - Creoles*, Tübingen: G. Narr, págs. 81-101.
- VILLAR, F. (1996), «Fonética y morfología celtibéricas», *Actas del VI Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca: Universidad de Salamanca, págs. 339-378.